



Truman firma en Washington el Tratado, en presencia de los embajadores de los países aliados.

## Triste cumpleaños

# LA OTAN, A LOS VEINTICINCO AÑOS

Un cumpleaños escasamente brillante: la OTAN —Organización del Tratado del Atlántico Norte— ha llegado, el día 4 de abril, a sus veinticinco años. Sin llegar nunca a la madurez, a la teórica serenidad del adulto, ha pasado a la vejez. Este mismo cumpleaños, que se había ideado espléndido, con una reunión de los Jefes de Estado de los países comprometidos —entre ellos, naturalmente, Nixon, flanqueado por Kissinger—, ha pasado con más pena que gloria. Las rencillas, las suspicacias, las diferencias entre aliados, dominan la fecha. Y la mayor parte de las gentes la han olvidado.

Algún hada rencorosa no fue invitada a tiempo al nacimiento de esta infanta de Occidente, y dejó caer su maldición. Y la bella durmiente no se despierta. El nacimiento, el 4 de abril de 1949 —de un costado del pacto de Bruselas de marzo de 1948, en el que Francia, el Benelux y Gran Bretaña se prometían ayuda militar si uno de ellos era atacado—, fue brillante. Por primera vez, los Estados Unidos se comprometían militarmente en Europa en tiempo de paz —sus intervenciones anteriores en las dos guerras mundiales fueron casos de urgencia—, junto a un importante grupo de naciones: las del Tratado de Bruselas, más Dinamarca, Islandia, Italia, Noruega y Portugal, y otra gran nación americana, Canadá. Luego se sumarían Alemania Federal, Grecia y Turquía. La retórica del tratado estaba más clara que sus posibilidades: «salvaguar-

dar la libertad, herencia común y civilización de sus pueblos, fundados en los principios de la democracia, la libertad individual y el dominio de la ley». Alguno de los países que se incluían en esa alianza estaban ya fuera de esos principios ideales, y pronto lo estarían otros de los que se sumaron. Pero ese tipo de delincuencia contra la democracia no contaba entonces: en realidad, se trataba de un pacto anticomunista, o, más claramente, antisoviético. No podía figurar en él la URSS como enemigo designado porque aún era el aliado de la guerra y el compañero de las Naciones Unidas, y se le trataba de definir como enemigo de la democracia, aunque sin contar a los ene-

con sede en Estrasburgo) y la OCEE (en la que se incluiría España), más tarde convertida en Organización para la Cooperación Económica y Desarrollo, tenía ya un año: trataba de coordinar las economías. Había ya una contradicción en todos estos nacimientos simultáneos: la reorganización económica y política aparecía como distinta a la militar —la OTAN—, que estaba subordinada —por razón de poderío y de monopolio del arma atómica— a los Estados Unidos. Francia no dejó de señalar desde ese momento la contradicción. Y un tema que no ha dejado de estar presente, el de las dependencias primordiales: o bien Europa creaba su propia política y su propia economía, y cons-

OTAN decía que cada una de las partes consideraría como un ataque a sí misma el que pudiera realizarse contra cualquiera de las otras, y que si tal ataque sucedía, cada parte ayudaría a la atacada «con la acción que se considerase necesaria». Es enteramente distinto desencadenar una respuesta militar automática que considerar qué acción podría ser necesaria. El artículo 5.º era un artículo creado por los Estados Unidos. Indicaba que no había obligación de combatir al lado del atacado y suponía que el Congreso de los Estados Unidos seguía teniendo la capacidad de determinar cuándo y en qué condiciones su país debería entrar en guerra. Otro problema que no ha perdido actualidad en este cuarto de siglo. Las naciones europeas creyeron desde entonces que podrían ser arrastradas a una guerra de los Estados Unidos —simplemente por su situación geográfica y porque las bases convencionales y atómicas de los Estados Unidos estaban instaladas en ellas—, pero vieron que difícilmente podrían llevar a los Estados Unidos a una guerra que no les conviniera. En muchas ocasiones, los países europeos comprometidos en guerras han tratado de recabar la solidaridad de los Estados Unidos, y se han encontrado más bien con su hostilidad. Francia intentó presentar sus problemas coloniales —Argelia, Indochina— como casos típicos de agresión, y concretamente de agresión comunista, y fue rechazada. No deja ser curioso que in-

### Juan Aldebarán

tría unos instrumentos de defensa militar dependientes de esa situación, con o sin ayuda de los Estados Unidos, o bien la urgencia de la defensa, con los Estados Unidos al frente, subordinaba las necesidades políticas. Esta discusión de entonces está en plena actualidad: no ha cesado de contar durante los veinticinco años transcurridos.

El otro defecto de nacimiento de la OTAN, el otro punto débil, es el artículo 5.º del Tratado. El Pacto de Bruselas estipulaba la ayuda militar inmediata de todos los países al país atacado: era un acuerdo claro. Pero el artículo 5.º de la

tría unos instrumentos de defensa militar dependientes de esa situación, con o sin ayuda de los Estados Unidos, o bien la urgencia de la defensa, con los Estados Unidos al frente, subordinaba las necesidades políticas. Esta discusión de entonces está en plena actualidad: no ha cesado de contar durante los veinticinco años transcurridos.

El otro defecto de nacimiento de la OTAN, el otro punto débil, es el artículo 5.º del Tratado. El Pacto de Bruselas estipulaba la ayuda militar inmediata de todos los países al país atacado: era un acuerdo claro. Pero el artículo 5.º de la



dochina no fuese considerada por los Estados Unidos como «agresor comunista» hasta que, después de derrotada Francia, intervinieron ellos en Vietnam. Portugal ha reclamado también la solidaridad de la alianza en sus guerras africanas. Y Francia y Gran Bretaña, en su tragicómica expedición contra Egipto: no solamente no fueron escuchadas, sino que se les ordenó fulminantemente abandonar la operación, porque podría crear un peligro de enfrentamiento entre la URSS y los Estados Unidos. La actualidad más inmediata, y la más visible, ha sido la de la movilización de las bases en Europa durante las batallas del Oriente árabe en octubre pasado, por la que los Estados Unidos situaron a Europa ante la posibilidad de una guerra que estaba en contradicción con sus urgencias económicas y con sus doctrinas políticas. El tema no cesa tampoco.

Cabe decir que Europa no tenía otro remedio más que el de aceptar aquel pacto. Era una Europa dominada desde la guerra por los Estados Unidos y organizada en torno a estructuras capitalistas y de democracia parlamentaria —con las excepciones disfrazadas comentadas antes—, resultante de un reparto de zonas de influencia, y no tenía otra salida. Militarmente, la opción de aquel momento era la de la guerra atómica. No se pensaba en otras opciones. Y los Estados Unidos tenían el monopolio occidental del arma atómica, si se exceptúan el pequeño e incipiente arsenal de Gran Bretaña —que no ha progresado mucho desde entonces— y los primeros intentos de Francia para construir el suyo. La bomba nuclear era una moda terrible; Europa tenía un complejo atómico, una especie de complejo de castración. Sin la bomba no habría defensa posible. Tenía que situarse a la sombra de la bomba de los Estados Unidos. Cuando se supo que la URSS tenía también su bomba, Europa comprendió más que nunca que dada su situación debía depender de la defensa que hicieran los Estados Unidos. Aunque desde entonces, las fuerzas pacifistas, las políticas anticapitalistas, pretendieran ya una neutralización de Europa. Su capacidad de influencia era escasa: estaban condenadas a la oposición permanente, y no han salido todavía de ella en la mayor parte de los países. Sin duda, tuvieron más influencia en aquellos tiempos de lo que se cree, y si se hiciera una imposible investigación de lo que «hubiera podido suceder si no hubiera sucedido lo que sucedió», quizá se llegase a la conclusión de que la oposición y el terror de las poblaciones ante la amenaza atómica pudo evitar una guerra caliente, para la que la guerra fría dio numerosos pretextos, numerosos «casus belli».

Pero un año después del nacimiento de la OTAN, en junio de 1950, comenzó realmente una guerra, la primera importante tras la mundial: la de Corea. Y en la guerra de Corea sucedió algo que impresionó mucho a los pensadores militares: la bomba nuclear perdió su carácter decisivo. Por factores políticos, por factores de terreno. Cuando el general McArthur

trató de emplearla, fue inmediatamente destituido. Y Mao Tse-Tung lanzó su famosa frase: «La bomba atómica es un tigre de papel». Frase más sería que la bravata que parecía encerrar. La bomba nuclear comenzaba a perder su magia de arma absoluta, y se pudo pensar que las guerras llamadas «convencionales» no habían pasado tan de moda como se creía. Las guerras coloniales, y muy claramente la de Vietnam, fueron sucesivas demostraciones. En dos ocasiones angustiosas, en la de Corea y en la de Vietnam, los Estados Unidos prefirieron perder (bajo ciertas formas) antes de emplear la bomba.

Para Europa fue un descubrimiento. Y la OTAN, reunida en Lisboa en 1952, decidió reconsiderar su defensa en términos de los llamados convencionales: es decir, reconsiderar la necesidad de mantener ejércitos numerosos. En 1954 se llegó a pensar en crear un ejército europeo absolutamente unificado: las mismas armas, los mismos uniformes, los mismos mandos. Hubiera sido quizá la mejor manera de comenzar una unidad europea, hasta en lo económico: el elevado presupuesto común hubiese sido compartido por todos. Y la ideología política hubiera tenido que unificarse. Fue Francia la primera que dijo «no» a esta idea; la verdad es que los demás países no estaban demasiado convencidos. Había que romper una mentalidad de siglos acerca del valor y la necesidad estrictamente nacionales de los ejércitos. Habría antes que romper los nacionalismos en sí. Estamos, como siempre, en los problemas de precedencias, o la antigua polémica científica de si la función crea el órgano, o el órgano crea la función. Es muy posible que la actitud francesa favoreciese a los Estados Unidos más de lo que creía entonces Francia. Al no crearse el ejército europeo común, la OTAN readquirió toda su importancia, y la bomba nuclear volvió a considerarse enteramente como el fetiche de la defensa. Y la bomba nuclear seguía siendo los Estados Unidos.

Pero como secuela de todos los temores anteriores, nació en Europa el de la posibilidad de que en una guerra convencional los Estados Unidos reservaran su intervención; es decir, que permaneciesen simplemente vigilantes hasta el momento de emplear sus armas atómicas si el supuesto enemigo lo hacía o estaba a punto de hacerlo. La guerra contra Rusia por ejércitos de tierra es algo que espanta a los europeos sobre dos trágicos precedentes históricos: ni hombres tan invulnerables y con una agresividad tan afamada como Napoleón y Hitler consiguieron más que desastres, derrotas: las derrotas decisivas de sus carreras. Si se vuelve a los conceptos antiguos de guerra, la URSS tiene entonces todo su prestigio antiguo de territorio y población, de clima y de resistencia.

Y aquí está la clave de otro de los problemas actuales: la presencia de tropas de los Estados Unidos en Europa Occidental. No es tanto su número el que importa —un número que se pierde en las cantidades magnas de los dos ejér-

citos: unos tres millones de soldados de la OTAN, unos dos millones y medio en el Pacto de Varsovia—, sino en su compromiso. Una guerra convencional en Europa involucraría irremediablemente a los soldados de los Estados Unidos, y, por lo tanto, a los Estados Unidos. Si éstos no estuviesen en Europa Occidental, los Estados Unidos podrían no involucrarse en el conflicto. Hay países especialmente sensibles a esta cuestión, sobre todo los que sufrieron invasiones en la última guerra y uno que las causó: Alemania Federal. Por su situación fronteriza. Por eso cada vez que Nixon o Kissinger amenazan con la retirada de las tropas, toda Europa Occidental tiembla y se pliega. Desde un punto de vista político, lógico y racional, la URSS no supone hoy una amenaza militar para Europa Occidental, y su camino es otro. Pero el pensamiento militar tiene una lógica propia: la de las situaciones posibles y las situaciones imposibles. Una situación posible es la de una guerra convencional, y tiene que actuar con arreglo a esa posibilidad. Habrán de pasar muchas cosas y muchos años antes de que varíe esa postura.

Francia es el único país del Tratado del Atlántico Norte que se retiró de la organización militar —no de la política occidental— y que excluyó de su territorio las bases y el Cuartel General, que fue irradiado de París a Bruselas. Aun así no es partidaria de la retirada de las tropas de los Estados Unidos.

Lo que se discute hoy en la OTAN está en torno a esos temas de guerra nuclear y guerra convencional. Y sus intermedios: la «respuesta flexible», las minibombas atómicas (1), los campos minados nucleares. Las pretensiones de la bomba francesa de convertirse en fetiche de sustitución, centro de un ejército europeo sin los Estados Unidos, causan más temor aún en las otras naciones europeas. De estar bajo la hegemonía de los Estados Unidos a estar bajo la hegemonía francesa, prefieren la de los Estados Unidos, que es más segura, y rica, y más abundante.

El pastel de cumpleaños está agriado. Al cabo de veinticinco años, Europa se ha dado cuenta prácticamente de que el pacto de la OTAN la ligaba por muchos conceptos a los Estados Unidos, y que los Estados Unidos no están dispuestos a prescindir de ese instrumento que asegura su estrategia global. Está más claro que nunca que cualquier guerra que no fuese de Europa podría alcanzar a Europa, y que, por el contrario, cualquier guerra que pudiese ser de Europa, no tendría por qué alcanzar a los Estados Unidos. Está claro también que gracias a este pacto, los Estados Unidos quieren reservarse los beneficios de la coexistencia para sí mismos, y administrarlos a su manera para los demás, y que uno de los valores de la coexistencia ésta precisamente en que se respete su zona de influencia en Europa. El debate actual está en torno a esos términos. Y su conclusión no parece ni próxima ni optimista, desde el punto de vista europeo occidental. ■

(1) Ver TRIUNFO, número 592: «La "bomba anana", cambio de objetivos», por Juan Aldebarán.

---

## ALIANZA EDITORIAL

---

### SELECCIONES DEL SEPTIMO CIRCULO

---

#### 4. Hillary Waugh

La joven desaparecida

---

#### 5. James M. Cain

El cartero llama dos veces

---

#### 6. Margaret Millar

Pagarás con maldad

---

#### 7. Raymond Postgate

Veredicto de doce

---

#### 8. John Bingham

Un fragmento de miedo

---

#### 9. William March

Simiente perversa

---

#### 10. Alex Fraser

Lugares oscuros

---

#### 11. Michael Burt

El caso del jesuita risueño

---

#### 12. E. C. R. Lorac

Jaque mate al asesino

---

60 ptas. ejemplar

---